

El Precio De Un Marido  
Diana Hamilton

El Precio De Un Marido (1999)  
Título Original: A husband's price (1998)  
Editorial: Harlequín Ibérica  
Colección: Bianca 1015  
Género: Contemporáneo  
Protagonistas: Adam Weston y Claudia Sullivan

#### Argumento:

Intoxicados de deseo, su propia pasión había terminado por arrastrarlos. Pero él la había abandonado Dejándole solamente una pequeña parte de su ser: Un bebé. Seis años después, Adam se había convertido en un hombre rico y poderoso y Claudia necesitaba su ayuda. Él accedió, pero a cambio de un precio: Que ella se convirtiera en su esposa. El matrimonio con el hombre que la había traicionado le parecía una carga difícil de soportar, pero al borde de la bancarrota y enfrentada con una batalla legal por la custodia de su hija, era un precio que no podía negarse a pagar.

#### Capítulo 1

Claudia acarició con gesto vacilante el álbum de fotografías. No lo había abierto en años; ni siquiera había querido posar los ojos en él. Intentó dejarlo y salir de la habitación, pero de alguna manera, fue incapaz de hacerlo y cedió a la tentación, sabiendo que más tarde se arrepentiría de ello.

Sentándose de repente ante la mesa, cerca de la ventana de la biblioteca, abrió tentativamente el álbum. Allí estaban todos. Todos los seres, todos los recuerdos. Todos sus sueños destrozados y su confianza hecha añicos.

Las puntas de sus dedos temblorosos rozaban la brillante superficie de las fotografías. Mucho tiempo atrás había guardado aquel álbum en el estante más alto de la librería, fuera de su vista; su padre debía de haberlo hojeado para luego dejarlo allí, sobre la mesa de la biblioteca. ¿Acaso en su dolor había querido recuperar aquel perdido verano, aprender aunque sólo fuera el eco de aquellos felices tiempos pasados?

Y allí estaba: Guy Sullivan. Su padre. Seis años atrás tendría unos cincuenta y dos años. Un hombre alto, de aspecto vital, del brazo de su flamante esposa, Helen, la madrastra de Claudia. Una rubia impresionante, veinte años más joven y recientemente divorciada por aquel entonces.

Desde que Helen solicitó el puesto de recepcionista auxiliar allí, en Farthings Hall, a Claudia no le pasó inadvertida la inmediata atracción que su padre sintió por ella. Hacía ocho años que Guy Sullivan había enviudado. La madre de Claudia había fallecido de una extraña infección cuando su única hija sólo contaba diez años de edad. Tres meses después de su primer encuentro, Guy y Helen contrajeron matrimonio. Claudia se había alegrado mucho por los dos; sus temores iniciales de que Helen pudiera resentirse de su presencia, o que ella misma pudiera negarse a aceptar a la mujer que había ocupado el lugar de su madre en el corazón de su padre, se habían revelado infundados. Helen no podría haberse esforzado más en complacer a su nueva hijastra.

Y allí aparecía ella: La Claudia de seis años atrás.

Con el cabello mucho más largo entonces, casi le llegaba hasta la cintura; más rullena, de sonrisa abierta, feliz, ajena todavía a la traición que no tardaría en cometerse.

Se le nubló la vista mientras contemplaba la fotografía. En aquel entonces, con dieciocho años, se sentía feliz de pasar aquel verano en casa antes de ingresar en el centro de formación de profesorado. Le había encantado la idea de quedarse a ayudar allí, en Farthings Hall, la impresionante casa de campo de estilo Tudor que alojaba su hogar, y que al mismo tiempo funcionaba como albergue rural y restaurante.

Y allí, en aquella misma fotografía, situado en un segundo plano casi de manera

profética, la cámara había captado la figura de Tony Favel apoyado en la balaustrada de piedra, que rodeaba la fachada oeste del edificio.

Tony Favel. El contable de su padre, el hombre que había introducido a Helen en sus vidas, presentándola como una prima lejana suya que deseaba empezar una nueva vida después de un traumático divorcio.

Por la época en que había sido tomada aquella foto, habría tenido unos treinta años. Ya entonces su fino cabello rubio empezaba a escasear, y su cintura a ensancharse. Claudia sintió un nudo en la garganta, y las lágrimas humedecieron sus ojos azules mientras contemplaba la borrosa imagen de su ex marido. Tony Favel, con quien se había casado al final de aquel verano, seis años atrás.

Lentamente, sin desearlo, como arrastrada por algo incomprendible, pasó la página del álbum y se encontró con algo que había esperado y a la vez temido encontrar. Las fotografías de Adam. Al final de aquel verano, se había propuesto eliminar hasta la última de ellas; romperlas y luego quemar los pedazos. Pero llegado el momento había sido incapaz de hacerlo. O al menos, eso era lo que se había dicho en aquel entonces. Amor y odio: Dos caras de la misma moneda. Se había repetido hasta la saciedad que lo odiaba; pero obviamente, todavía debía de haber estado enamorada de él. ¿Por qué si no se había visto imposibilitada para eliminar aquellos recuerdos?

Menos una, Claudia había tomado todas aquellas fotos de Adam, y contemplándolas en aquel momento, no podía negar el fatal atractivo masculino que poseía. O negar aquellos ojos de color gris humo, aquel cabello oscuro, aquel hermoso cuerpo que escondía un corazón de piedra. En una de las fotografías aparecían los dos juntos. Adam la abrazaba de la cintura con gesto posesivo, acercándola a su poderoso cuerpo, mientras ella lo miraba con adoración. Allí estaba los dos, condenados a sonreír eternamente, a mirarse como si caminaran confiadamente por el tiempo más feliz del mundo, el verano más maravilloso de sus vidas.

Nunca había revivido el pasado por el dolor que le provocaba, pero en aquel instante, no pudo evitar que los recuerdos se agolpasen en su memoria. Podía verse claramente a sí misma bajando alegremente la escalera de servicio en aquel soleado día de verano, seis años atrás. Había pasado la mayor parte de la mañana ayudando al ama de llaves, Amy, a preparar las habitaciones de los huéspedes. Sólo había cuatro. Para ser un albergue rural, Farthings Hall era pequeño, pero extremadamente lujoso y muy solicitado. Después de haber limpiado los cuartos. Claudia había terminado por fin con sus tareas y se disponía a disfrutar de su tiempo libre; tenía dieciocho años, y estaba empezando sus largas vacaciones de verano, saboreando a placer su libertad.

¡Ooops! se detuvo bruscamente al tropezar con su madrastra. Lo siento ¡No te habías dado cuenta!

Pequeña y esbelta, con una melena que parecía de seda dorada, Helen siempre hacía que Claudia se sintiera desgarbada y torpe, como si estuviese molestando continuamente. Por otro lado, Helen jamás se había comportado de forma poco considerada con ella, ni antes ni después de su boda con Guy; sin embargo, durante los últimos días, Claudia había creído percibir en ella cierta rigidez, una especie de tensión incómoda.

Afortunadamente, eso no sucedió aquel día. Claudia se relajó visiblemente cuando Helen la miró con los ojos brillantes, comentando:

¡Qué energía! ¡Ojalá pudiera yo recuperar esa juventud tan rebosante de vida!

Tú no eres vieja sonrió Claudia, pensando que había algo intemporal en el pequeño y sensual cuerpo de Helen, en su cabello dorado y en sus preciosos rasgos.

Gracias repuso secamente Helen, abriendo la puerta que conducía al patio. La luz del sol entró a raudales, reflejándose en su vestido de color amarillo limón y en las joyas que tanto la favorecían. ¿Vienes?

Claudia se había propuesto caminar hasta la pequeña cala, que sólo era accesible por el profundo valle que dividía los extensos terrenos de Hall, pero si Helen deseaba contar con su compañía, la complacería con mucho gusto.

Claro. ¿Adónde?

A encontrar a Oíd Ron. Todavía no ha mandado las frutas y verduras a la cocina. Chef está furioso, ya que dentro de una hora tendrán que empezar a servir la comida.

Yo le dije que trataría de encontrarlo. Además Resulta que Guy contrató a un asistente para que ayudara a Ron durante el verano rió entre dientes. Tal vez sea un pobre marginado sin ningún sitio donde establecerse ¡Pero, desde luego, es un tipo tremendamente

nte atractivo! ¡Con tal de verlo merece la pena molestarse en ir a los jardines de la cocina a cualquier hora del día! hizo una pausa significativa. O de la noche

Claudia rió también; sabía que Helen no hablaba en serio. Se había casado con Guy a penas un par de meses antes, y sería incapaz de mirar a otro hombre.

No sabía que papá hubiera contratado a un nuevo empleado comentó, mientras caminaba por el sendero de grava, a su lado.

No la sorprendía aquella nueva contratación. Recientemente había escuchado por casualidad, sin quererlo, una discusión entre su padre y su nueva esposa, y la causa había sido la aparentemente súbita decisión de Helen de renunciar a su puesto de trabajo. Al parecer, ella le había dicho que ya que estaba casada con el propietario, no tenía por qué trabajar como si fuera una sirvienta más. Aunque se sentiría encantada de seguir ayudándolo. Claudia se había cuidado muy mucho de intervenir, esperando a que se resolvieran solos sus diferencias.

Entonces ¿Cuándo se incorporó ese Adonis a la plantilla? ¿Realmente carece de hogar?

Claudia valoraba a conciencia la suerte que tenía de vivir en Farthings Hall.

No podía imaginar cómo sería carecer de un hogar fijo, estable.

¡Quién sabe! Helen se encogió de hombros. Hace un par de días llegó aquí montado en una moto, buscando trabajo. Dijo que simplemente estaba viajando, y que le encantaría ayudar a Oíd Ron a cambio de ocupar durante el verano esa vieja rulot que tenemos detrás de los invernaderos, de la comida y de algún dinero de bolsillo. A propósito, se llama Adam. Adam Weston.

Pero Claudia ya no escuchaba a Helen mientras la seguía al jardín vallado de la cocina, ya que sus pensamientos se habían concentrado exclusivamente en Oíd Ron. El anciano encargado ya no podía arreglárselas solo. Todo el mundo lo sabía excepto él, por lo cual evidentemente, Guy Sullivan había decidido contratar a alguien para que lo ayudara durante el verano.

Oíd Ron siempre había trabajado allí. El abuelo de Claudia lo había contratado, antes de que Farthings Hall fuera convertido en el lujoso albergue rural que ostentaba al mismo tiempo el título de mejor restaurante de Cornwall. Desde entonces había vivido en aquel lugar, sin casarse, ocupando sin pagar renta alguna un piso situado encima de los antiguos establos.

Por segunda vez en media hora, Claudia casi tuvo que correr para alcanzar a su madrastra. Helen se había detenido sin previo aviso en mitad del sendero, justo ante la puerta de arco del alto edificio de ladrillo. De pronto, el ambiente cálido parecía haberse llenado de una tensión tan agudamente intensa, que Claudia no pudo menos que contener el aliento.

Lo exhaló lentamente cuando vio lo que Helen estaba mirando. Los ojos verdes de su madrastra parecían reír, casi burlones. El nuevo trabajador contratado bastaba para suscitar una sonrisa de placer y admiración en los ojos de cualquier mujer.

Adam Weston era tan atractivo como Helen le había sugerido, e incluso más. Apoyado sobre un rastrillo, vestido solamente con unos vaqueros cortos y calzado con unas botas de trabajo, su imagen impresionó profundamente a Claudia.

La anchura de sus hombros contrastaba admirablemente con su estrecha cintura, con sus largas y musculosas piernas. Su piel bronceada estaba bañada en sudor, al igual que su frente, bajo el oscuro cabello despeinado. Sus ojos, de un intrigante color gris humo, entornados, estaban fijos en la esbelta figura de su madrastra como si estuviera tasándola con la mirada.

Claudia se estremeció. Hacía un día soleado, el más cálido del verano hasta la fecha, y aun así se estremecía de la cabeza a los pies. Avanzó hacia adelante, saliendo de entre las sombras, lamentando llevar en ese momento los viejos vaqueros y la camisa desteñida que usaba siempre para trabajar en casa.

Su movimiento rompió el encanto. Fue Helen quien habló primero, con su voz ronca y sensual:

Adam, te presento a la hija única de tu jefe, el orgullo de su vida, Claudia. Querida, saluda a Adam. Luego quizá quiera ir a buscar a Oíd Ron ¿Antes de qué Chef salga a perseguirlo con su cuchillo de carnicero!

Hola.

Adam Weston se apartó el cabello de los ojos y dio un paso hacia adelante, tendiéndole a Claudia su mano fuerte, de largos dedos, sonriendo

Y Claudia, por primera y muy probablemente por última vez en su vida, se enam

oró loca y desesperadamente

\* \* \*

Así que estás aquí

El hechizo hipnótico del pasado quedó roto cuando Guy Sullivan entró con paso lento en la biblioteca.

Amy acaba de recoger a Rosie de la escuela. Te estaban buscando posó la mirada en el álbum de fotografías y movió ligeramente la cabeza, admitiendo : No sé por qué se me currió hojear esto. No es bueno rebuscar en el pasado Cuando ya no puedes recuperar lo. Nadie puede hacerlo.

Claudia se levantó y resueltamente volvió a guardar el álbum en su oculto lugar, consciente de la mirada de su padre fija en ella, y del tono compasivo de su voz . Mes y medio atrás. Helen y Tony habían perecido en un accidente de tráfico, cuando su coche resultó embestido por un camión.

Justo una semana después, padre e hija habían descubierto que Helen y Tony habían sido amantes. Su irregular e intermitente aventura ya había empezado antes de que Tony se la presentara a Guy Sullivan como prima suya, recomendándola para el puesto de recepcionista.

Su padre había hecho aquel descubrimiento cuando dedicado a la tarea de reunir los efectos personales de su esposa, descubrió unos diarios y unas cartas de amor comprometedoras. Aquello lo dejó destrozado; junto con la impresión del fatal accidente, fue la causa de su tercer ataque al corazón en seis años.

No fue tan grave como el primero que había sufrido al final de aquel verano hacía ya seis años, pero lo había debilitado y minado su salud más aún. Claudia no sabía cómo podría revelar la otra mala noticia que le restaba por conocer; la aterrizzaba pensar en los efectos que pudiera causarle.

¿Pediste información al banco sobre el crédito que necesitamos para hacer reformas en las habitaciones de los huéspedes?

Guy se sentó en la silla que su hija había dejado libre, y apoyó su bastón contra la mesa.

Su rostro, de rasgos antaño tan duros, tan fuertes, ahora estaba demacrado y macilento, y Claudia habría sido capaz de hacer cualquier cosa para librarle de aquel último horror. Pero lo mejor que podía hacer era ocultárselo sólo por el momento, retrasar lo inevitable durante el mayor tiempo posible. ¿Pedirle al director del banco un crédito? ¿Como si existiera esa posibilidad!

La conversación que a primera hora de la tarde había tenido con el director había versado sobre un tema completamente diferente. El negocio familiar estaba en bancarrota y sus dificultades financieras eran tan serias que la venta se presentaba como la única opción. Y eso era algo que su padre tendría que saber. Pero no ahora.

¿Dónde está Rosie? le preguntó, cambiando de tema.

Tenía como norma y costumbre recoger a su hija pequeña de la escuela todos los días, pero con motivo de su cita con el banco había tenido que pedirle a Amy que la sustituyera. No sabría qué hacer sin aquella mujer de pelo gris, gordezuela y rebosante de buena salud, que llevaba trabajando en Farthings Hall desde que tenía memoria para recordarla. Amy había hecho todo lo posible para llenar el vacío de cariño que dejó en Claudia la muerte de su madre, cuando sólo contaba diez años.

Amy llevó a Claudia a la cocina para darle un zumo de naranja.

¡Oh, me olvidaba de decírtelo! Pero Jenny no va a poder venir esta tarde Dice que se ha resfriado Guy Sullivan se levantó lentamente . Mira, yo puedo ayudar a Amy en la cocina De manera que tú puedas ocupar el lugar de Jenny y servir las mesas.

No, papá Claudia declinó la oferta de manera automática. Su padre estaba debilitado física y emocionalmente, y todavía necesitaba del mayor descanso posible . Amy y yo nos las arreglaremos.

Desde que Tony discutió con Chef seis meses atrás, por un motivo que Claudia jamás llegó a saber, Amy y ella, con la ayuda de Jenny, se habían dedicado a llevar el restaurante reduciendo y simplificando el menú. Tony se había mostrado reacio a contratar un nuevo cocinero, y ahora Claudia comprendía la razón. Al día siguiente tendría que anular los anuncios solicitando nuevos trabajadores experimentados, si querían que el hotel y el restaurante siguieran funcionando. Ya no tenía sentido. El negocio, su hogar, tendría que ponerse en venta.

¿Por qué no descansas fuera, papá? Hace un día magnífico, y hay que disfrutarlo esto

a punto de añadir «mientras se pueda», pero logró detenerse a tiempo . Voy a dar de comer a Rosie y tomaremos el té en la terraza.

Diez días después, Amy le formuló a Claudia una pregunta retórica:

¿Supongo que todavía no le has contado a tu padre la mala noticia, verdad? llenó una taza de café solo bien cargado, y se la tendió . Parecía muy contento, casi como si hubiera vuelto a ser el mismo, cuando su amigo fue a buscarlo esta mañana, así que no puede saber que su casa va a ser vendida de manera inminente.

Soy una cobarde admitió Claudia con expresión cansada, tomando la taza de humeante café . Pero cada día se recupera un poquito más. Y cuanto más se recupere, mejor podrá soportar este nuevo golpe.

¿Y qué pasa contigo? demandó Amy . El golpe también te afecta a ti. Tu marido murió en estado jugando con esa madame, Helen, tu propia madrastra. ¿Puedes creerlo? Ya su redondo rostro se tornó colorado . Ya sé que no debemos hablar mal de los muertos, pero Bueno, tú también has recibido muchos golpes, ¿por qué habrías de guardarte este último para ti sola?

Porque yo no he tenido tres ataques al corazón en los últimos años y porque yo no amaba a Tony, mientras que papá adoraba a Helen Claudia bajó la mirada a la taza que sostenía entre las manos, y frunció ligeramente el ceño . Bueno, creo que no tengo tiempo para beberme esto; tengo que irme ya

Claro que tienes tiempo asentó firmemente Amy . Ese tipo, Hallam, no va a pasar un dedo por los marcos de los cuadros buscando un poco de polvo, o a mirar como un maniático debajo de las camas. No has estado ni un minuto quieta, moviéndote como un gato escaldado desde que volviste de recoger a Rosie en la escuela, así que bébet el café e intenta relajarte un poco. A mí no me engañas: Eres igual que mi hija. Desde el principio supe que tu matrimonio con Tony Favel no era por amor. Cuando te casaste con él todavía echabas de menos a Adam Sí, no me mires con esa cara Sabía cómo te sentiste cuando se evaporó de repente. Pero como te he dicho antes, Tony y tú os llevabais bien, nada más; tú no lo odiabas, así que lo ocurrido tuvo también que significar un duro golpe para ti.

Claudia miró a su vieja amiga por encima del borde de la taza mientras tomaba un nuevo sorbo de café. ¿Qué más sospecharía O sabría Amy? No deseaba pensar en eso. Dejaba la taza sobre la mesa y decidió cambiar de tema de conversación.

¿Cuántas mesas han reservado para esta tarde?

Todas Amy recogió las tazas y las metió en el lavaplatos . Me atrevo a decir que vamos a tener que trabajar mucho para que podamos vender esto como un negocio boyante. Pero gracias a Dios que estamos al final de la temporada

Recorriendo con la mirada la cocina de aspecto impecable. Claudia asintió con vencida. Ya estaban a principios de Octubre y desde finales de Septiembre no habían hecho ninguna reserva más, así que en ese aspecto no tenían por qué preocuparse. Tampoco servían comidas, sino solamente cenas durante el resto del año, y eso era algo de lo que tenían que estar realmente agradecidas.

«Y hay más motivos para ello», se decía Claudia minutos después mientras tomaba un baño en baño caliente. La vida no era tan mala, después de todo; también tenía sus débiles destellos de buena suerte. El director del banco no era ningún ogro. En la entrevista que había mantenido con él hacía diez días, se había mostrado bastante compasivo. Después de pintarle un cuadro sombrío de las perspectivas de Farthings Hall y de recomendarle que vendiera cuando aún estaba a tiempo, con el fin de cubrir las considerables deudas, le había advertido:

Antes de poner públicamente en venta la propiedad, le sugiero que contacte con el Grupo Hallam ¿Ha oído hablar de él?

Claudia había respondido afirmativamente; ¿quién no lo conocía? Nadie con un mínimo contacto con el negocio hotelero podría ignorar la existencia de aquella enorme y selecta firma. Fue entonces cuando sintió una repentina náusea, y atribuyó aquel malestar a las numerosas impresiones que había recibido recientemente. El director del banco había pedido por el interfono a su secretaria que les sirviera una bandeja de té, antes de continuar con sus explicaciones sobre el Grupo Hallam.

Hoteles de alta calidad y complejos de actividades de ocio; siempre en primera línea. Como probablemente sabrá, se trata de una compañía principalmente familiar, y Harold Hallam era su principal accionista. Hace cerca de un año que falleció y corre el rumor de que su heredero quiere ampliar el negocio y adquirir nuevas propiedades se había interrumpido por un momento para servir el té, antes de hacerle una insistente sugerencia: Si puede lograr que se interesen por Farthings Hall y efectuar una venta rápida, eso será mucho mejor para usted y para su padre. Le sugiero que le pida a su abogado que se ponga en contacto con ellos.

Un consejo muy provechoso, porque el día anterior, su abogado le había telefonado para decirle que una persona del Grupo Hallam iría a visitarla esa misma mañana, con la intención de hablar de la posibilidad de una venta privada.

No se comprometa a nada, y recuerde que solamente se trata de una visita informativa, una entrevista informal para discutir de los principios generales previos.

Eso le convenía a Claudia. Y aún le convenía más la invitación que David Ingram le había hecho a su padre. Los dos eran vecinos y amigos desde la infancia, y David le había propuesto pasar a buscarlo a la mañana siguiente: después de comer juntos, podrían jugar una partida de ajedrez.

Claudia había respirado de alivio cuando su padre aceptó la invitación. Así podría mantener su entrevista con el representante de Hallam sin que él se enterara de nada.

Y Rosie también se encontraba ausente, a salvo de todo en la escuela. De haber estado en casa, no habría querido despegarse en ningún momento de su madre. Y mantener una conversación de negocios con una niña de cinco años al lado, habría sido, cuando menos, poco serio.

El problema estribaba en que después de la muerte de su padre y de Steppie, como prefería llamar a Helen. Rosie se había convertido en una niña excesivamente dependiente. Y eso a pesar de que ninguno de los dos había pasado mucho tiempo con la pequeña. De hecho, tenían la mala costumbre de desaparecer cuando Rosie caía enferma o simplemente se ponía un poco pesada.

Su repentina muerte debía de haber dejado un profundo vacío en la vida de la niña. Pero quizá había sido aún más traumática la enfermedad de su querido abuelo y su consecuente necesidad de reposo y descanso.

Claudia suspiró y salió de la bañera. El representante de Hallam llegaría dentro de una media hora. No podía recordar si su abogado le había mencionado su nombre; le bastaría llamarlo «señor Hallam», porque su visitante era el heredero del difunto Harold Hallam, seguramente su hijo.

Pensó en la ropa que debería ponerse, y se decidió por un sencillo traje de lino gris, con una blusa de seda color crema. Un atuendo algo sobrio y formal, muy adecuado para una joven viuda.

Se recogió su sedosa melena de color castaño claro, y cuando se disponía a maquillarse, pensó distraída en aquel álbum de fotos que había estado hojeando a la vuelta de su entrevista con el director del banco. Y de manera particular, recordó aquella única foto en la que aparecía ella.

Cómo había cambiado. Su figura había perdido sus generosas curvas. Después del nacimiento de Rosie había recuperado la silueta, pero los traumas de las últimas semanas la habían afectado mucho y había perdido demasiado peso. La Claudia de aquella vieja fotografía había sido una chica alegre y optimista, de abierta y sincera sonrisa.

La imagen del espejo en el que se estaba mirando en aquel instante, le presentaba una Claudia mayor, más sensata, con un cierto toque cínico y una fuerza de voluntad impresionante. Ya tenía veinticuatro años, la edad que tenía Adam Weston cuando se encontraron por primera vez.

Y había otra diferencia más: La Claudia del espejo estaba arruinada, mientras que la chica de la fotografía todavía era heredera de una considerable fortuna. Porque en eso había radicado su capacidad de atracción, por supuesto. Aún recordaba con absoluta y dolorosa exactitud la ocasión en que descubrió aquella verdad tan traumática.

Helen se lo había dicho. Sentada en el borde de su cama, en ropa interior, con un aspecto absolutamente furioso, mientras le agarraba una mano a Claudia como si buscara su compasión:

¿Sabes lo que ese canalla de Adam Weston se ha atrevido a decirme? ¡Apenas puedo

creerlo! ¡Me ha dicho que no tengo por qué sentirme ofendida porque él haya estado Jugando contigo! ¡Ofendida! ¡Como si pudiera estar interesada en un fracasado como él! ¡Como si quisiera mantener alguna furtiva aventura con un pobre vagabundo, estando casada con un hombre tan bueno y cariñoso como tu padre! Pero así están las cosas, querida le había soltado la mano con violencia, antes de involucrarse en su bata encarnada. Dice que ha estado tonteando contigo porque eres la heredera de tu padre. Que estarías de acuerdo en casarte con él, al menos eso es lo que dice, y que una vez que se case contigo, tu padre no se opondrá a complacer sus deseos de una vida llena de lujos Si no quiere perderte para siempre. Yo sólo espero, querida, que no le hayas dejado ir demasiado lejos, y que no te hayas enamorado de él o hayas cometido una estupidez parecida

Claudia había tenido que cerrar los ojos para disimular su dolor. Había ansiado gritarle que eso no era verdad, que Adam la amaba, la amaba por sí misma, que no le preocupaba ni Farthings Hall ni la fortuna de su padre. Pero Claudia nunca se había mentado a sí misma. Y si aún no tenía suficientes pruebas, allí estaba aquella conversación que mantuvieron en su primera cita.

No había sido un accidente que Adam la encontrara en las cercanías de la vieja rulot, detrás de los invernaderos, varias horas después de que Helen se lo presentara. Y tampoco que Claudia llevara en aquel momento unos diminutos pantalones cortos y la mejor de sus camisetas sin mangas, exhibiendo su magnífico bronceado.

El corazón se le había acelerado salvajemente mientras se acercaba a la puerta abierta de la rulot, pero se había dicho a sí misma que no fuera estúpida. Ella, como la hija de su jefe, tenía una excusa perfecta para presentarse allí.

Podía escucharlo moviéndose dentro, silbando ligeramente, y antes de que ella pudiera golpear en la puerta o llamarlo, Adam apareció en el umbral, vestido nada más que con sus vaqueros cortos y con una toalla al hombro. En lugar de sus pesadas botas de trabajo, calzaba unas zapatillas deportivas.

Hola, otra vez la saludó, sonriéndole.

Durante unos segundos Claudia no fue capaz de hablar, ruborizándose intensamente.

Yo se dijo nerviosa que había cometido un enorme error. El simple hecho de verlo allí, frente a ella y sonriéndole de una manera tan sexy, le había debilitado las piernas, le había hecho arder por dentro. Su profunda aspiración había resultado evidente por la manera en que se le había tensado la fina camiseta de algodón, y sabía que él lo había notado porque había bajado la mirada hasta su pecho, con sus largas pestañas velando su expresión. Me estaba preguntando si necesitabas algo más Hacía siglos que no se usaba esta rulot, al menos desde

Todo está bien. Esa ama de llaves tan amable ¿Amy, verdad? Me ha abastecido con un juego de sábanas y toallas, alimentos Y además todo está impecablemente limpio.

Había bajado los escalones de la entrada, y Claudia no había podido evitar sentir una punzada de decepción. Había esperado que él la invitara a pasar para verlo por sí misma. Pero lo que le dijo a continuación fue incluso mejor, más de lo que había esperado:

Me han dicho que hay un camino que cruza el valle hasta llegar a una cala. Me gustaría nadar un poco. ¿Vienes?

Claudia prácticamente voló a su casa para buscar su traje de baño y volver luego a la rulot. Aquel paseo fue maravilloso. Hablaron mucho, sobretodo Adam. La joven le hizo algunas preguntas personales, pero él las eludió, pidiéndole a su vez que le hablara de ella.

Este es un lugar fantástico, mágico. ¿Qué se siente al pensar que todo esto será tuyo algún día? Aún no, por supuesto, pero sí en el futuro. ¿Te abrumba esa responsabilidad? Ya conoces ese dicho: No descansa fácilmente la cabeza que lleva la corona Y todo eso.

Para entonces se hallaban sentados en la arena dorada, contemplando la puesta de sol en el mar. No parecía que Adam necesitara una respuesta; era como si estuviera hablando para sí mismo. Se había inclinado hacia adelante, delineando delicadamente el contorno de los labios de Claudia con la punta de un dedo.

Eres encantadora.

Y después de aquello todo había sido muy sencillo. Adam la había engañado con el dulce cebo del sexo, aprovechándose de sus estúpidas fantasías acerca de un amor para toda la vida

Claudia parpadeó, disgustada consigo misma, y desechó todos aquellos recuerdos. No sabía por qué había pensado en todo aquello: Adam, su traición, su pérdida

Se recuperó y abandonó rápidamente el dormitorio para bajar las escaleras en dirección a la biblioteca. Le había pedido a Amy que llevara al señor Hallam allí cuando llegase a las once y media, y que les sirviera el café en esa estancia.

Miró su reloj y ahogó una exclamación. Eran las doce menos veinticinco. Seguramente el señor Hallam ya la estaría esperando en la biblioteca

¡Ya ha llegado! exclamó Amy con tono urgente, apareciendo al pie de la escalera. Le he dejado en la biblioteca después de decirle que te reunirías enseguida con él y yo me disponía a avisarte

Lamento haberme retrasado.

Claudia le regaló a Amy una reconfortante sonrisa. Debería haber estado allí para saludar al recién llegado, por supuesto, pero solamente se había retrasado algunos minutos, lo cual a fin de cuentas, no eran tan grave como parecía indicar el nervioso comportamiento de su ama de llaves.

Espera Amy la tomó de un brazo. No lo comprendes. No se trata del señor Hallam, e

¿Me recuerdas?

La puerta de la biblioteca se había abierto, y en el umbral se recortaba la impresionante figura de Adam Weston, impecablemente vestido.

Porque yo sí que me acuerdo de ti. dio un paso hacia adelante, con los ojos fijos en los labios de Claudia. ¿Cómo habría podido olvidarte? esbozó una sonrisa sensual, que no llegó hasta sus ojos. ¿Podrías servirnos un café, Amy? le preguntó a la impresionada de llaves. La señorita Favel y yo tenemos mucho de qué hablar.

## Capítulo 2

Silencio. Claudia apenas era capaz de respirar, y mucho menos de pronunciar palabra alguna. ¿Cómo se había atrevido a aparecer de esa manera? Luego, el denso silencio pareció atenuarse un tanto, salpicado lentamente por una serie de sonidos cotidianos. El profundo tictac del reloj de pared; procedente del jardín, el murmullo de la cortadora de césped manejada por Bill, el nuevo empleado; la voz de Amy, murmurando palabras incomprensibles, y el latido salvaje de su propio corazón.

Por una parte él había cambiado, y por otra no; ese fue el primer pensamiento que se le ocurrió. A la edad de treinta años, Adam Weston era un hombre espectacularmente atractivo. Su cabello oscuro, que antes solía llevar largo, presentaba en aquel momento un corte impecable, y sus hermosos rasgos parecían haberse endurecido, haber ganado fuerza durante los últimos seis años. Llevaba un traje de color gris oscuro, de elegante diseño, en lugar de los vaqueros cortos y las viejas camisetas que habían constituido su atuendo habitual durante aquel largo y cálido verano, cuando ella lo había amado tanto

Obviamente, al fin se había casado con una rica heredera. Pues bien, ¡bravo por él!, se dijo cínicamente, preguntándose si habría ido allí a jactarse de lo bien que lo había hecho, a pavonearse de su riqueza ahora que ella se encontraba en la bancarrota.

¿Qué es lo que deseas, Adam? su voz era tensa, frágil y temblorosa como la de una anciana. Sabía que ya no se parecía en nada a la joven alegre y saludable de dieciocho o años a la que él había seducido años atrás. No necesitaba que su mirada de disgusto le transmitiera ese mensaje. Estoy esperando una visita. ¿Te importaría marcharte?

Estás esperando mi visita replicó él, mirándola con una expresión tan dura y fría como su voz. Del grupo Hallam le recordó, como si pensara que era una estúpida.

¿Acaso no había pensado eso de ella?, se preguntó Claudia, dolida. Pensaría que tenía hormonas trastornadas donde otras personas tenían cerebro. Que había sido una incauta al apresurarse ciegamente a contraer matrimonio con un advenedizo que sólo había estado interesado en poner las manos en sus bienes, que por aquella época habían sido bastante considerables.

En sólo unas pocas semanas, Adam había conseguido seducirla, enamorarla, convencerla para que aceptara su propuesta de matrimonio. Y lo único que la había detenido en su camino hacia el altar había sido la evidencia que había visto con sus propios



ojos Adam saliendo del dormitorio de Helen, tenso y furioso. Tan furioso que no había visto a Claudia en lo alto de la escalera de servicio.

Y Helen. Helen sentada en el borde de la cama, en ropa interior. También furiosa, escupiendo aquel veneno acerca de que Adam sólo estaba interesada en ella por su fortuna, apagando completamente la llama de su amor por él con estas palabras:

Debe de haberme visto entrar aquí. Sabe que tu padre está fuera. Me disponía a tomar un a ducha. Él entró de repente y empezó a decirme que siempre me había deseado y que podíamos divertirnos juntos. Como dos adultos. Que estaba harto de jugar con una niña, sólo una niña, a la espera de que algún día disfrutara de su fortuna. Se refería a ti. ¡Pobrecita! Y luego. Que el cielo me ayude. Le dije que hiciera las maletas y que saliera cuanto antes de Farthings Hall. Le dije que se arrepentiría si se atrevía a seguir en la propiedad para cuando volviera tu padre.

Claudia desechó todos aquellos recuerdos y volvió a la realidad.

Me dijeron que vendría el heredero del señor Hallam. pronunció en ese momento con voz tensa, dolida, y añadió insultante: Y no el chico de los recados.

Siempre pensé que tenías muy buenos modales. Adam sonrió fríamente; dio media vuelta y caminó despacio hacia la biblioteca, mientras continuaba hablando: Harold Hallam era el hermano de mi madre. No se casó. Yo heredé su participación mayoritaria en el grupo. Quizá ahora podamos empezar a hablar, una vez que ya conoces mis credenciales. A no ser, por supuesto, que ya no estés interesada en cualquier oferta que mi compañía pueda hacerte.

Desorientada, Claudia lo miró fijamente.

Así que al fin lo conseguiste.

En realidad no se dio cuenta de que había expresado ese pensamiento en voz alta hasta que Adam se volvió hacia ella desde la puerta de la biblioteca.

Eso parece.

Claudia levantó la barbilla en un gesto de desafío; la mirada de sus ojos azules resultaba más fría que nunca. Después de lo que le había hecho, ¿realmente esperaba Adam que la hiciera avergonzarse por su brusco comportamiento? ¿En serio esperaba que le presentara sus disculpas? Le proporcionaría una enorme satisfacción pedirle que se marchara de inmediato.

Pero Adam desapareció en la biblioteca, como si le perteneciese aquella casa, y Claudia, suspirando profundamente, no tuvo más remedio que seguirlo. En ese momento se dio cuenta de que Amy se encontraba detrás de ella, sosteniendo la bandeja del servicio de café, y se puso a un lado para dejarla pasar.

La anciana dejó la bandeja sobre la gran mesa, y una enorme sonrisa iluminó su rostro mientras comentaba maravillada:

Vaya, joven Adam. ¿Quién habría pensado que?

Gracias, Amy. la interrumpió suavemente Claudia.

Amy siempre había tenido una especial debilidad por Adam, y años atrás había procurado que estuviera lo más cómodo posible en su rulot, abasteciéndolo de todo lo necesario. ¡Y él siempre había contado con su provechosa habilidad para seducir a cualquiera que pudiese proporcionarle algún bien! Claudia empezó a servir el café, sin leche y sin azúcar como sabía que le gustaba a Adam.

¿Enciendiendo el fuego de la chimenea? sugirió Amy, todavía reacia a marcharse. Hace un poquito de frío.

La mujer ya se dirigía hacia la chimenea de piedra, pero Adam se lo impidió, sonriendo.

Estamos bien, Amy, de verdad. Además, después de que tomemos el café, la señorita Favel y yo iremos a comer a un pub tranquilo, pero gracias por tu solicitud.

Aquel hombre había adquirido autoridad, pensó irónicamente Claudia mientras Amy se retiraba. Toneladas de autoridad. Pero nada de lo que le dijera conseguiría convencerla para que comiera con él. Tan pronto como la anciana cerró la puerta, pronunció muy serio:

Siento haberte hecho perder el tiempo, pero después de todo he decidido no hacer ningún negocio con tu compañía.

¿Tan gran sacrificio eres capaz de hacer con tal de ahuyentarme?

La leve sonrisa que le regaló mientras tomaba su taza de café fue como un insulto condescendiente. Claudia podía sentir que todo su cuerpo, cada hueso, cada músculo, se tornaba rígido de tensión. Durante los seis últimos años realmente había creído supe

r lo que Adam le había hecho, con su cruel y malvada traición. Si alguien le hubiera dicho que verlo otra vez la afectaría de esa forma, debilitándola hasta ese punto con una simple mirada de sus ojos grises, se habría reído a carcajadas.

Adam apuró su café, mirándola fijamente por encima del borde de la taza.

Yo también me he llevado una fuerte impresión, Claudia. Eras la última persona a la que esperaba ver esta mañana.

Sentándose frente a él, Claudia arqueó una ceja con gesto irónico.

¿A quién esperabas ver entonces? ¿A la Viuda Alegre? No podías haberte olvidado de a quién pertenecía Farthings Hall.

Hace seis años la propiedad pertenecía a tu padre, Guy Sullivan. No había vuelto a pensar en este lugar hasta que esta venta inminente llamó mi atención. El apellido Favel no me decía nada. Tu padre por primera vez pareció vacilar, como si se hubiera dado cuenta de que el cambio de dueño quizá significara que Guy Sullivan había fallecido. Tu padre siempre fue muy amable conmigo añadió con tono suave.

«¡Sarcástico canalla!», exclamó para sí Claudia. Aquel día se había asegurado de evapen su moto antes de que regresara su padre, así que no había tenido forma de saber lo que Guy Sullivan habría dicho o hecho si le hubieran contado, como Helen había amezado con hacer, lo sucedido durante su ausencia.

Había recibido el trato que se merecía de Claudia y de Helen. ¿Le habría causado placer remachar el hecho, de que durante aquellos seis largos años, ni siquiera había pensado ni una sola vez en ella? De todas formas, decidió sacarlo de sus dudas en ese aspecto.

En este momento mi padre se encuentra visitando a un amigo le informó, y de inmediato pudo ver el evidente alivio que reflejaba su expresión.

¿Pero tú eres la dueña actual?

Sí.

¿La única propietaria?

Claudia asintió con la cabeza, y como si la situación no le agradara demasiado, Adam murmuró:

Entonces tú y yo tendremos que negociar. A estas alturas, no hay necesidad de que vea la propiedad; la recuerdo perfectamente.

Claudia se obligó a permanecer inmutable ante ese significativo comentario. Adam podría haberse olvidado de ella, pero durante ese tiempo no había tenido ningún problema en recordar perfectamente cada detalle de la propiedad. Años atrás, juntos, habían visitado hasta el último rincón. Los jardines, los prados, el litoral y el valle que conducía hasta la cala. Habían paseado de la mano por todos aquellos lugares, inmensamente felices. O al menos eso era lo que ella había pensado.

Y Adam obviamente, también conocía el interior de la casa lo suficientemente bien, como para ir directamente al dormitorio de Helen en el momento adecuado. Jamás se había molestado en localizar la habitación de Claudia. Le había hecho el amor en múltiples lugares: sobre el suave césped de los prados, a la luz de la luna; sobre la dorada arena de la cala, incluso en la estrecha litera de su rulot; pero nunca allí, en la casa.

¿Le habría guardado demasiado respeto a Helen, se habría sentido demasiado intimidado por ella para intentar seducirla al aire libre, furtivamente, o en su destalada rulot? ¿Habría decidido que tendría mayores posibilidades si lo hacía en su cómodo dormitorio, entre las sábanas de satén de su lecho?

Dado que el restaurante de aquí no sirve comidas en temporada baja, te sugiero que vayamos a un tranquilo pub y hablemos de todo esto mientras comemos.

Claudia no pudo menos que sorprenderse. Adam se estaba comportando como si nada hubiera sucedido entre ellos en el pasado, o como si lo que hubiera sucedido o no mereciera la pena ser recordado. A cada momento se sentía más furiosa. Quizá la única forma de que alguien pudiera vivir con el recuerdo de su propio y despreciable comportamiento fuera precisamente ignorándolo, algo que Adam parecía haber conseguido.

Se levantó para dejar su taza sobre la bandeja. Su expresión era fría, tranquila, disimulaba bien su agitación interior. Estaba a punto de repetirle que no deseaba hacer ningún negocio con él, pero antes de que pudiera llegar a pronunciar las palabras, Adam señaló con tono tranquilo:

Estás casada.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

